

## DE URQUÍA

**A** nadie se le oculta que en las últimas décadas el nombre de los vascos ha circulado asociado a acontecimientos hartamente conocidos y nada felices, que han empañado hasta oscurecerla la imagen de un pueblo con una brillante ejecutoria histórica y cultural, vinculada al proyecto original de España, y por consiguiente al mundo hispánico en América y Filipinas. Este rico pasado común apenas se recuerda, si acaso para depreciar el discurso del nacionalismo vasco -ETA y HB proceden de otra cuna ideológica, y caricaturizar las maneras propias y características del ser vasco con tópicos que por manidos pecan de aburridos.

Me doy cuenta de que mi posición está, todavía, contracorriente. Sin embargo, si en quienes produce inquietud el fortalecimiento de la personalidad cultural del País Vasco está presente una sincera preocupación patria, se hace urgente el reconocimiento de ese pasado común, pues en su detalle hallarán no sólo el fundamento histórico del discurso nacionalista, sino también las claves para interpretar con elementos verificables la realidad vasca de hoy, y de paso la realidad presente de España.

Cabe preguntarse si el problema nace de la falta de información, o si, por el contrario, está en un exceso de información conducente a satisfacer intereses ideológicos -e inmediatos- a costa de lo que importa conocer. Yo me inclino por lo segundo, y además es razonable que sea así a la luz de las corrientes «históricas» de signo fatalista que han informado la vida en Occidente durante los últimos ciento cincuenta años, y en las que han bebido hasta la embriaguez tanto los que monopolizan a diario las «noticias vascas» como los que ahora les acusan de maximalistas.

A menudo se recuerda que el amor profundo de Baroja por el País Vasco no incluía fervores nacionalistas; pero se calla con excesiva frecuencia su temprana y honda antipatía hacia el socialismo y el comunismo. Su artículo de 1899 titulado *Contra la Democracia* es un anticipo de las razones de esa antipatía, desarrolladas a lo largo de su obra, y que tiene su raíz en su convicción, igualmente temprana, de la bondad intrínseca que comporta la diversidad humana, y de que la subsumisión de las categorías humanas en las categorías sociales conlleva una anulación de la personalidad del ser humano pernicioso para el desenvolvimiento de la humanidad. Esta convicción le movería a reflejar en *El cura de Monleón* (1936) su sentimiento de vasco ante la intolerancia ajena: «-Yo no soy más que vasco-, contestó Javier al ser acusado de tendencioso por predicar en vascuence... No comprendía por qué un castellano, un andaluz, o un aragonés podían manifestar su amor por su país y por las costumbres de su región y un vasco no».

Aunque a rastras de acontecimientos previsibles para muchos desde hace tiempo, la reciente recuperación de las categorías humanas -cultura, religión, etc.- en la interpretación histórica de los hechos, ejemplificada en el resonante escrito de S. Huntington, devuelve al hombre, al ser humano en su fecunda diversidad, la esperanza en sí mismo como posibilidad de futuro con el protagonismo que le corresponde en la Historia, instándole de nuevo a la consecución del viejo ideal humanista: alcanzar la unidad por la unidad misma.

En las páginas que siguen el lector encontrará una sencilla pero significativa representación de ese tesoro de principios que es la cultura vasca, encarnado en el grupo de autores vascos que con su renombre o con su modestia han querido dar a conocer aspectos diversos de la realidad vasca, presente y pasada. Mi agradecimiento también a Juan Ignacio Unda Urzáiz, pues sin su inestimable ayuda esta «labor de cultura» no sería hoy una realidad.

